

Fadrique de Aragón, los Sanuto, ni siquiera los Acciajuoli, sino por aquellos misioneros del helenismo que llevan los nombres de Bessarion, Gaza, Laskaris, Chahocondylas, Plethon, etc. Los mismos eruditos y escritores del Occidente estaban muy lejos de sentir en aquella época el arte ni la historia helenos. Chaucer, Boccaccio y hasta el Dante designan á Teseo, con el título medio eval de Duque de Atenas, ni más ni menos que Muntaner. Nada prueba tanto esta inconsciencia histórica y artística como el hecho singular de que algunos de los cronistas más originales de la Edad Media, los Villehardouin, los Muntaner, los Sanuto, escribieron sus candorosas narraciones después de haber pisado palmo á palmo el país de los clásicos recuerdos y de haberse sentado á la sombra del Partenón y de Santa Sofía. En toda la crónica del Jenofonte catalán no se halla más reflejo de la antigüedad que la historia de París y Elena, miniatura clásico-gótica que nos sugiere otra semejante de Froissart, cuando nos relata los amores de Acteon y Diana.

Pero si difícil fué siempre en aquella edad la fusión del espíritu heleno con el latino, por el triple abismo de la diferencia de religión, de lengua y de cultura, lo había de ser todavía mucho más durante el gobierno de aquella ruda República militar, que medio siglo después de su establecimiento junto á las márgenes del Sperchio y del Cefiso, todavía se daba el título guerrero de *Feliz ejército de los francos que reinan en Romanía*. No eran los catalanes que lo constituían las gentes más á propósito para promover las ideales bodas entre el Fausto medioeval y la Helena clásica, que soñó Goethe, y que sólo en parte vieron realizadas más que los conquistadores francos de la Morea, los dominadores de Rodas y de Chipre (1). Sus Virreyes mili-

(1) En estas dos islas es donde echó más raíces el romanticismo franco enlazado con la literatura griega medio-eval. En el siglo xiv figura en Chipre, protegido por los Lusitanes, el poeta griego Jorge Lopithes, y en el siguiente, el cronista Leoncio Macheras refe-

tares no citaban frases de Herodoto, como Guido II de la Roche; ni las *costumbres* de Barcelona se traducían al griego, como los *Assises*; ni mucho menos nuestra pobre literatura de imaginación influía en la de los vencidos, como el avasallador genio francés, creando esas interesantes novelas galo-griegas que llevan los nombres de Belthandros y Chrysantza, Lybistros y Rhodamne, Phlorios y Platzia-phlora, Imberios y Margarona, llenas de sueños de hadas y de hazañas caballerosas. En ellas siempre triunfa el espíritu de la civilización occidental, que aparecía en la realidad en los brillantes torneos de las cortes de Clarentza y Andravida, ó coronando con sus pesadas fortalezas las cumbres del Taygeto y de las Termópilas.

Mas no fué del todo estéril en la historia de nuestra cultura la participación continua que la Monarquía catalano-aragonesa tuvo en los destinos de Grecia en el siglo xiv. Ni vaya á creerse que el único recuerdo que en aquella haya dejado sea sólo el pálido reflejo de las hazañas de Roger de Flor y de sus huestes invencibles en nuestro *Tirant lo Blanch*, la obra maestra de la literatura romancesca catalana. El extraordinario elogio que en nuestro Archivo sorprendimos de la Acrópolis ateniense, que los catalanes llamaban modestamente el *Castell de Cetines*, porque aquella palabra fué del todo desconocida á los pueblos medio-evaes, es el primer testimonio, como observa Gregorovius (1), después de largos siglos de silencio, de que el Occidente tenía de nuevo conciencia de la incomparable belleza del Partenón, de los Propileos y del Erechtheion (2). ¿Quién sabe si la fascinación que la Atenas mo-

ría los hechos de aquella familia real en una lengua mixta de francés y griego. (Véase Krumbacher, op. cit., págs. 778 y 900.) Los *Assises* de Chipre, como los de Jerusalén, fueron traducidos al griego. (Ibid., pág. 898.)

(1) Op. cit., tomo II, pág. 192.

(2) Aunque ha sido reproducido ya este elogio en otros trabajos nuestros y por todos los historiadores contemporáneos de Grecia (Gregorovius, Neroutzos, Constantinidis, Calligas), lo transcri-

numental ejerció en el ánimo de los catalanes, obró también en la determinación que había tomado Juan I en los primeros años de su reinado, de visitar aquellos apartados dominios, que consideraba como un miembro importante de su corona? (1). Es muy probable que un espíritu culto y tocado ya de la influencia del Renacimiento se sintiera halagado ante la idea de enseñorear la cuna de la sabiduría, y se encendiera en deseos de conocerla.

En íntimo contactó con el Rey D. Juan, verdadero Augusto de la civilización catalana, antes de que la corona real ciñera sus sienas, estuvo un famoso personaje aragonés del siglo XIV, cuya inteligencia se abrió al gusto de las letras clásicas en Aviñón, en Italia y en Rodas, y quién sabe si en la misma Atenas, pues mantuvo amistosas ú hostiles relaciones con el Ducado catalán cuando la diplomacia y el valor de sus caballeros hospitalarios pusieron la Morea en sus manos. Nos referimos al gran Maestre

biremos aquí de nuevo, en gracia á aquéllos de nuestros lectores que lo ignoren. Pedro IV de Aragón, accediendo á la petición de los embajadores de Atenas de mandar una modesta guarnición de ballesteros para defensa de su Acrópolis, advierte á su tesorero que tiene por indispensable tal guarnición, «com lo dit castell sia la pus richa joya qui al mon sia e tal que entre tots los Reys de chrestians enuides lo porien fer samblant.» Lérida 11 Septiembre 1380. Arch. Cor. Arag., Reg. 1.268, fol. 126.—El sabio Gregorovius, refiriéndose á los comentarios que este elogio me sugirió en mi monografía ya citada, *Los navarros en Grecia*, etc., dice: «El escudriñador catalán al cual debemos agradecer la publicación de éste y otros documentos sobre Pedro IV como Duque de Atenas, ha sacado de aquel juicio del Rey, y con razón, la consecuencia de que los catalanes de Atenas no eran tan bárbaros ni tan privados de todo sentimiento de la belleza como generalmente se les supone.» Op. cit., tomo II, pág. 192.

(1) «Ni us pensets—decía á los prohombres y síndicos de Atenas al contestar á sus homenajes,—que tan assenyalat membre com es aqueix de la nostra corona metam en oblit, ans hauem esperança en nostre senyor deus que per auant lo irem personalment visitar.» Barcelona 26 Abril 1387. Arch. Cor. Arag., Reg. 1.751, fol. 25.

D. Juan Fernández de Heredia, hombre de carácter eminentemente emprendedor y cosmopolita, apasionado por toda suerte de disciplinas, sobre todo de las históricas, diplomático sagaz y competentísimo, brazo derecho del Pontificado en Aviñón y árbitro durante algún tiempo de los destinos de la Morea franca. Su representación literaria en la Monarquía catalano-aragonesa es considerable. Heredia viene á ser un predecesor de los grandes Mecenas del Renacimiento clásico, un émulo de los Bercheure y Colluccio Salutato, si no por sus propios trabajos, por los que inspiró, compiló ó mandó traducir. Como Alfonso V en la corte de Nápoles, rodeóse en la de Aviñón de hombres de letras y de libros; y para que mayor sea la semejanza, llevóse allá á un oscuro erudito griego de la isla de Rodas, que en más modesta esfera se anticipa algunos años á aquellos ilustres bizantinos que, cubiertos aún con el polvo de las ruínas de Bizancio, llevaron á las ciudades de Italia los despojos de la antigua civilización griega. Llamábase aquel erudito Demetrio Talodiqui ó Calodiqui, y le encargó Heredia en Aviñón que tradujera del griego vulgar ó del bizantino las *Vidas de Plutarco*, la *Crónica de Zonaras* quién sabe si la griega de Morea, —aunque es probable que en el arreglo y coordinación de los demás materiales que la forman interviniera el mismo Maestre,—y otras obras que sin duda se han perdido. De una carta del Rey D. Juan á aquél su grande amigo, parece desprenderse claramente que el traductor griego conocía el rudo dialecto aragonés (1), y en tal caso sería éste un nuevo testimonio de la difusión en el suelo griego de las

(1) Lleva esta carta la fecha de 17 de Noviembre de 1384, y le dice, entre otras cosas, lo siguiente: «Otrossi hauemos entendido que vos hauedes aquí un *filosoffo de Grecia* qui vos translada libros de grech en nuestra lengua. Rogamos vos muy cament que nos embiedes el dicto libro de Trogo Pompeo e de los que vos translada el dicto filosoffo ó traslado de aquellos.»

Arch. Cor. Aragón, Reg. 1.748, fol. 121. El Maestre Heredia residía á la sazón en Aviñón. (Vid. el Apéndice I.)

dos lenguas que se hablaban en la monarquía de Aragón. La única huella de bizantinismo que aparece en la literatura española de la Edad Media se debe al famoso Maestre aragonés, y no hay duda que en esta influencia exótica, representada por la versión de Zonaras y el arreglo y ampliación de la Crónica de Morea, tuvo mucha parte su estancia en Grecia. La fama de sus vastas compilaciones históricas, que forman un ciclo tan numeroso como las promovidas por el Rey Sabio, donde se mezclan Plutarco y Zonaras, Hethoun y Marco Polo, las vulgares crónicas griegas con las *estorias* de aquel Monarca y las crónicas reales de D. Jaime y San Fernando, llegaba hasta los humanistas italianos del siglo XIV, y su bien provista biblioteca excitaba la codicia de Colluccio Salutato (1) y del Rey D. Juan I de Aragón, que tanto como el dictado de amor de la gentileza merecería el de amor de la sabiduría. Recuérdese el afán con que á vueltas de aves y lebreles de caza le pedía las obras de Trogo Pompeo y de Josefo (2). Del aprecio que hacía de sus traducciones y arreglos históricos, es testimonio la carta que escribió al tener noticia de su muerte, encargando á algunos priores de la Orden las *Vidas de Plutarco*, *La Grant crónica de España*, *La gran crónica de los conqueridores* ó de los *emperadors*, como

(1) Que Heredia había reunido una hermosa biblioteca, sobre todo de obras históricas, nos lo atestigua una carta que le escribió este famoso humanista italiano, en la que le pide prestados algunos manuscritos. «Inter alia quibus delectaris, est copia cumulatiorque librorum, in qua re tanto studio tantaque cura vacasti, ut iam sit omnibus persuasum frustra librum quæri quam apud te non contingerit reperiri. Sed inter alios te præcipue dilexisse semper historicos.» Vid. prólogo de A. Morel-Fatio al *Libro de los fechos et conquistas del principado de la Morea* del Maestre Heredia, publicado por la *Société del Orient Latin*.: Genève, 1885, página XVIII.—Sobre este personaje, del que quizás me ocuparé algún día, véase también la monografía de Karl Herquet, *Juan Fernández de Heredia, Grossmeister der Johanniterordens*. Mülhausen, 1878.

(2) Vid. el apéndice II.

él la llama, cuya primera parte es una versión literal del libro XIII del *Epitome historiarum* de Juan Zonaras, y por último, la Crónica de Grecia, ó sea la vulgarmente denominada *Crónica de Morea*, en la que sospechamos que más que en otros trabajos, tuvo el Gran Maestre una parte personal y directa (1).

Al elogio de la Acrópolis y al bizantinismo ó helenismo de *dilettanti* del Maestre Heredia se reduce todo el sedimento artístico literario que la Grecia medio-eval depositó en el ánimo de sus vencedores catalano-aragoneses. Es cierto que su situación no era la más á propósito para infundir en ellos anhelos de saber. Hallábase el clero griego entonces en la misma crasa ignorancia en que le dejó al comenzar el siglo XIII el Metropolitano de Atenas, Miguel Acominatas (2). Los focos principales de la cultura bizantina en la Edad Media fueron Bizancio y el Monte Athos, no Atenas. Natural era que los sacerdotes griegos de la Grecia franca que iban allí á ilustrarse, no volvieran en su mayoría á su antigua patria, donde no les aguardaba porvenir alguno, pues no toleraban los conquistadores al lado de la suya la jerarquía eclesiástica cismática de los vencidos (3).

Las Sedes patriarcales ó metropolitanas de Constantinopla, Filadelfia, Tesalónica, y hasta la misma púrpura imperial, eran en cambio la recompensa que les esperaba á los Palamas, Filoteos, Nicéforos y Cantacucenos, que aprendían la cultura clásica y las ciencias históricas y teológicas en los famosos Monasterios del Monte Santo del helenismo medio-eval, pillados sin piedad por las huestes de Rocafort (4). Esa falta de Prelados ortodoxos en la Gre-

(1) Vid. el apéndice III.

(2) Χριστιανικαὶ Ἀθήναι ὑπὸ Τάσσου Δ. Νεροῦτσου. Βιβλίον Β., página 184. Vid. el cuaderno XIII del Δελτίον τῆς ἱστορικῆς καὶ ἐθνολογικῆς ἑταιρίας τῆς Ἑλλάδος: Atenas, 1892.

(3) Neroutzos, Χριστιανικαὶ Ἀθήναι, pág. 134.

(4) Está confirmado históricamente el saqueo de algunos Monasterios del Monte Athos por los catalanes (II. Καλλίγα.—Μελέ-

cia propiamente dicha traía consigo la de escuelas griegas, y venía á ser causa principal de la ignorancia del pueblo y del clero. En parecida situación se hallaba también el clero latino, fuera de alguna otra excepción, como la del dominico Guillermo de Meerbeke, Arzobispo de Corinto en 1280, que tradujo al latín diversas obras de Aristóteles, Proclo, Hipócrates y Galeno. Generalmente los clérigos occidentales preferían pasar á Roma y hasta la vecina Eubea para continuar sus estudios, á permanecer en Tebas ó Atenas (1).

El citado Acominatas, que vivió antes de la conquista franca, decía á un amigo suyo que, si continuara residiendo por mucho tiempo en Atenas, acabaría por convertirse en bárbaro (2). Con el juicio de aquel sabio Prelado coinciden las impresiones de los viajeros que en el siglo XIV visitaron el Atica y la Beocia catalanas: Ludolf de Sudheim, Jordán de Severac y Abulfeda (3). El primero que estuvo en ellas en 1335, dice que «Atenas, donde en otro tiempo brillaba la ciencia de los helenos, se hallaba

ται βυζαντινῆς ἱστορίας: Atenas, 1894, pág. 331) y la destrucción del castillo de Sant Omer en Tebas. En cambio, no puede probarse del mismo modo las vandálicas destrucciones que algunos historiadores les atribuyen respecto de Atenas, á saber: los olivos de Colona, parte de la ciudad situada al pie de la Acrópolis y la iglesia cristiana edificada en el antiguo templo de Esculapio. Por el contrario, las clásicas construcciones de Atenas se escaparon de la ruína hasta la época turca y veneciana. Vid. Gregorovius, op. cit., II, pág. 53.

(1) En 1309 el Dux Pietro Gradenigo pedía al Arzobispo de Tebas que dejara disfrutar de su beneficio á un canónigo, súbdito suyo, mientras concluía sus estudios en Venecia. Durante el gobierno de los Virreyes catalanes, muchos habitantes de Atenas preferían trasladarse á la veneciana Eubea para gozar de mayor tranquilidad, lo que dió origen á rozamientos entre Venecia y la Compañía. (Hopf., *Griechenland im Mittelalter*: Leipzig, 1870, tomo VI, pág. 439.)

(2) Βεβαρβάρωμαι χρόνιος ὦν ἐν Ἀθήναις.

Edición Lambros, tomo II, pág. 44.

(3) Hopf., *Griechenland*, tomo VI, págs. 431-32.

entonces casi despoblada.» Cerca de medio siglo después los habitantes catalanes de dicha ciudad se quejaban asimismo á su Rey Pedro IV de la *pobretat e afany del poble de aquella uniuersitat* (1). Reflejo, aunque retórico, de este estado de decadencia es también la carta de Athanasios Lepanthrenos al historiador bizantino Nicéforo Gregoras, que reseñó los últimos sucesos de la Compañía catalana, en la que manifiesta que «los atenienses y los tebanos y los que habitan el Peloponeso han cambiado la antigua felicidad por la barbarie, y sufren los últimos extremos de la esclavitud (2).» Sólo alguna que otra vez las letras griegas y las ciencias naturales se cultivaban en los conventos de basílios del Atica y de la Beocia, que bajo las cenizas de la ortodoxia ocultaban el fuego del helenismo durante el dominio de los conquistadores catalanes. Así, en el verano de 1339, el monje Cosme Camelos copiaba para el médico de Atenas, Demetrio Nomachlona, distintos libros de Oribasios y otros físicos bizantinos (3).

No basta, como es natural, este miserable dato de cultura para tomar en un sentido literal los elogios que el ilustrado geógrafo é historiador mahometano Albufeda, viajero en el Atica á mediados del siglo XIV, dirige á la decadida Atenas, designándola con el calificativo de ciudad de los sabios griegos (4). Este encarecimiento sólo prueba que, aun en medio de su abatimiento, conservaba el *alma ma-*

(1) Arch. Cor. Arag., Reg. 1.366, fol. 66 vuelto.

(2) Edición de Bona, vol. I, pág. xciv. Ἀθηναῖοι γὰρ μὴν καὶ Θεβαῖοι καὶ οἱ κατοικοῦντες τὴν Πελοπόννησον... τῆς παλαιᾶς εὐδαιμονίας τὴν ἀγροικίαν ἠλλάξαντο... δουλείαν τὴν ἐσχάτην ὀφιστευμένους.

(3) Neroutzos, op. cit., pág. 198.

Los médicos no abundaban en los Ducados en la época catalana. Federico III, accediendo á las súplicas de los tebanos, que se quejaban de su escasez, envió á la capital de la Beocia en 1356, á ejercer su profesión, á su médico Juan de Montpellier. Arch. di Stato de Palermo. Protonot., tomo II, pág. 147.

(4) Patria de los filósofos la llamaba igualmente un siglo más tarde el turco Seadeddin en la época de la conquista de Mahomet II. (Gregorov, II, 386.)

ter de Grecia el prestigio de su gloriosa antigua cultura, prestigio que no perdió jamás la señora del Atica, coronada en su opresión con la regia diadema de su Acrópolis, y que con razón evocaba el gran Papa Inocencio III al establecer la jerarquía eclesiástica romana en su monumental recinto (1). No sólo en la literatura medio-eval bizantina y oriental ocupaba Atenas tan señalado lugar, sino que hasta para la literatura caballeresca del Occidente continuaba siendo la antigua cuna y trono de toda sabiduría. Así en el ciclo épico del Amadis se cuenta que Agesilaos de Colchos hizo sus estudios en ella, y que enseñaba las artes caballerescas á un español. Ya hemos visto también que el Rey D. Juan, al encargar al Maestre Heredia que le remita algunos de sus libros históricos, designa á su modesto traductor y colaborador, el griego Talodiqui de Rodas, con el pomposo, pero tradicional dictado de *filosoffo de Grecia*.

Aun en esas tristes condiciones de postración y ruína en que se hallaba el país vencido, es y será siempre timbre de nobleza para la lengua catalana haber reinado por espacio de cerca de un siglo en la patria de las Gracias y las Musas. Reciente todavía el eco de sus acentos en aquellas regiones lejanas, el elocuente Obispo de Elna, Juan Margarit, en su contestación á la proposición de D. Juan de Navarra en 1454, recordaba con orgullo que la nación catalana había convertido á su nativa lengua «aquella vetustissima e famosissima Athenes dont es exida tota la elegancia, clemencia e doctrina dels Grechs (2).»

Nada ha quedado de nuestra dominación en Grecia. El

(1) Berardo Atheniensi Archiepiscopo ejusque successoribus canonice substituendis in *perpetuam antiquam Athenensis gloriam civitatis*. (Baluze, II, 256.)

(2) Coroleu y Pella, *Las Cortes catalanas*, 1876, pág. 407.— Exagerando este hecho, decía la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona á mediados del siglo pasado: «En Grecia permaneció (la lengua catalana) muchos años, de que aún se *conservan resquicios en las asperezas del país*, como en las ciudades vestigios

recuerdo de los catalanes se va borrando allí de día en día, y sólo lo conservan casi las personas eruditas. En las grandiosas fortalezas medio-evaes que coronan las alturas de Livadia, Salona, Neopatria y Zeitún, cuya devastación prosigue el tiempo lentamente en medio de la indiferencia general, es difícil distinguir entre los sillares pélagicos poligonales y los rectangulares francos, los que alzaron con sus brazos vencedores nuestros antepasados. Pero allá, en el fondo de nuestro rico Archivo, en un oscuro registro, existe el testimonio más vivo de nuestra estéril dominación levantina, que los siglos no destruirán, porque la historia lo ha recogido ya en su maternal seno, monumento único que no posee ninguna de las demás naciones latinas que sojuzgaron la Grecia en los días medio-evaes: *los Capítulos de Atenas*. Ellos señalan de un modo más elocuente que en bronces, monedas y muros, esculpido en el verbo sagrado del pensamiento humano, el episodio glorioso de haber hecho estremecer nuestra raza en el siglo XIV, con los acentos del *pus bell catalanesch del mon*, las ruínas de la venerada Acrópolis de Cimón y de Pericles.

Barcelona 16 de Julio de 1898.

de nuestras fortalezas.» Vid. *Memorias* de dicha Real Academia, tomo I, año 1756. *Observaciones sobre los principios elementales de la Historia*.

APÉNDICES

I

Carta de D. Juan I al Maestre Juan Fernández de Heredia, pidiéndole aves y perros de caza y la traducción de Trogo Pompeyo y otros libros.

Maestro caro amigo: Reebuda hauemos vostra letra ensemble con III falcones sacres que nos ha trahido fray hugo gerart, comendador de Niça, de part vostra, los quales son muyt bellos. Rogando vos Maestre que tantos falcones sacres de Romania e galgos de Turquia como podredes hauer nos embiedes. Otróssi, hauemos entendido que vos hauedes aqui I libro nombrado Trogo pompeo, e hauedes aqui un philosoffo de Grecia qui vos translada libros de grech en nostra lengua. Rogamos vos muy caramente que embiedes el dito libro de Trogo pompeo e de los que vos translada el dito philosoffo ó traslado de aquellos. E desto Maestre nos faredes muyt grand servicio. Nos Maestre vos embiamos, por el dito Comendador, dos podencos los más bellos que nos agora tenemos, los quales yes assaber: el Royo se llama vezerro e el blanco Çapato. Quando seremos en lugar de hauerne mas que sean buenos e bellos, nos vosende embiaremos, e de otras cosas que vos cumplen de acha. Dada en Euna dius nostro siello secreto, a xvii dias de Nouiembre, En el anyo de mil Trezientos lxxx Quatro. Primogenitus.

A nostro caro amigo el Maestre del Spital.

(R-1.748, fol. 121 vuelto.)

II

Carta de D. Juan I al mismo Maestre Heredia, quejándose de que el ejemplar del Josefo que le ha enviado no sea completo.

Maestro amigo: vuestra letra hauemos recibida ensemble con el libro clamado juseffus de bello judayco, e los IIII lebre-

res que nos hauedes embiado por Johan galego, hombre de casa vuestra. E agradeceemos vos lo mucho, Rogando vos, Maestre, que quando los dos otros que són aqui fincados sean guaridos, que los nos embiedes. Pero, maestro, sembra nos quel dicto libro non sea perfecto, siquiere complido, porque vos rogamos que nos certifiqueades si es complido del todo ó no, e si complido no es, que lo fagais complir. E que nos escriuades de todas nueuas que aqui sean de qualquiere part que vengán. Dada en lerida dius nuestro siello secreto a xvi dias dabil En el anyo MCCCCLXXXIII. Primogenitus.

A nuestro caro amigo el Maestre del Spital.

(R-1.748, fol. 60 vuelto.)

III

Carta de pésame de D. Juan I á los Priors de Aquitania, de Alvernia, de Tolosa y de San Gil (1), por la muerte del Gran Maestre D. Juan Fernández de Heredia, y pidiéndoles varias obras del mismo, á saber: la traducción de las Vidas de Plutarco, la Grant Crónica de Espanya, la Crónica de Morea y la grant Crónica de los conqueridores.

Rex Aragonum.

Cari amici: Percepto vidice (*sic*) quod magister Rodimigrauit nouiter ab hac vita si aliter statuisset dominus de eodem felicius letaremur. Sed quia omnia que a superno sunt condita creatore fieri recte mente sincera extimamus nil aliud super isto nostri cordis eloquium organitzat nisi dauidica lira concordis de eis que in mundo statuit deus unus agimus gratias in excelsis dicentes: benedictus dominus deus qui in celo et in terra quecumque voluit fecit. Unde cum idem magister dum huius vita misera frueretur haberet inter libros alios penes se titulum plutarcum Cronicam maguam Ispanie et Cronicam Grecie et quendam alium librum vocatum dels emperados quos legere et habere multum nostri cordis affectio concupiscit. Amicitiam vestram de qua nedum in his sed in aliis nobis obsequi

(1) Los grandes prioratos de la Orden de San Juan en Francia eran los de Aquitaine, Auvergne, Toulouse y Saint-Gilles.

maioribus spectamus. Rogamus attente quatenus nostro Jaufrido Royl nostro procuratori in Curia Rome qui illos nostri nomine vobis petet nobis habitosque transmittet fiducialiter vobis caris amicis placeat et velitis de his vero non modicum nostre complacere voluntati. Et proinde vobis tenebimur ad gratiarum debitas actiones. Datum Perpiniani sub sigillo nostro secreto xxiiii die marcii anno a natiuitate Domini—MCCCXC sexto. Rex Joannes. Dominus Rex mandauit mihi Bernardo de Jonquerio.

Dirigitur prioribus de Guiana de aluernia de Tholosa e de Sent Gili.

(R-1.967, fol. 101.)

LÉOPOLDO EGUÍLAZ Y YANGUAS

NOTAS ETIMOLÓGICAS

Á

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Abencerraje.

«De suerte que cuando el labrador le volvió á preguntar que cómo estaba y qué sentía, le respondió las mismas palabras y razones que el cautivo *Abencerraje* respondió á Rodrigo de Narvaez.» Cervantes, *Don Quijote*, primera parte, cap. V.

Compónese de las voces arábigas *ابن السراج*, *Aben as-Serrách*, el hijo del sillero (del que hace sillas de caballo ó mula).

Al referir Hernando de Baeza los asesinatos cometidos por Muley Hacén en los caballeros principales del reino de Granada, dice: «Entre los cuales.... fueron ciertos caballeros de los que dezian aben çarrajes, que quiere dezir los hijos del sillero, los quales eran naturales de allende y auian pasado en esta tierra con deseo de morir peleando con los cristianos.» Véanse Hern. de Baeza, *Crónica*, y Müller, *Die letzten zeiten von Granada*.

Que el valor que damos á la voz abencerraje es exacto, lo declara Mármol Carvajal en el siguiente pasaje de su descripción de Fez: «Esta calle llaman Uxein, y adelante de ella está otra en que ay mas de ochenta tiendas, llamada *Cerragin*, donde se hazen las cubiertas de las sillas ginetas de aquel preciado cordouan Marroquí, cosidas con mucha policia.» Véase *Descr. gen. de Africa*, II, lib. IV, cap. XXII.

Los abencerrajes, como los gomeres, que tanto figuran